

Índice

| | |
|--|----|
| Introducción | 9 |
| 1. La marginación de los liberales y otras causas de la consolidación de los carlistas en los inicios de la guerra en Navarra | 23 |
| 1.1. La denuncia de la pasividad del ejército por «el verdadero patriota» (septiembre de 1834) | 24 |
| 1.2. Un juicio anónimo sobre el desacierto y la apatía en la lucha contra los carlistas navarros (septiembre de 1834) | 25 |
| 1.3. La valoración del <i>Boletín Oficial de Pamplona</i> (5 y 12 de noviembre de 1835) | 29 |
| 1.4. La opinión de varios procuradores en Cortes (1834-1836) | 31 |
| 1.5. El informe de Atanasio Martínez de Ubago (1836) | 35 |
| 1.6. La declaración de la Milicia Nacional de Cascante (1836) | 49 |
| 1.7. Las exposiciones de la Diputación Provincial (enero de 1837 y marzo de 1838) | 50 |
| 1.8. El testimonio de Isidoro Ramírez Burgaleta (1840) | 53 |
| 2. Los Tiradores y Flanqueadores de Isabel II | 61 |
| 2.1. Creación, número y composición | 63 |
| 2.2. Análisis prosopográfico | 70 |
| 2.2.1. Los suboficiales y soldados | 70 |
| 2.2.2. Los oficiales | 85 |

| | |
|---|------------|
| 2.3. Francos navarros alistados fuera de Navarra | 132 |
| 2.4. Notas sobre sus campañas militares hasta el motín de agosto de 1837 | 141 |
| 3. El motín del 26 de agosto de 1837 en Pamplona | 151 |
| 3.1. El contexto general de las insurrecciones del verano de 1837 | 152 |
| 3.2. Navarra y Pamplona en la primera mitad de 1837 | 154 |
| 3.3. El desarrollo del motín de Pamplona | 162 |
| 3.4. Certezas e interrogantes sobre las causas, los protagonistas y los objetivos de los amotinados | 177 |
| 3.5. La actuación de la Junta Suprema de Gobierno y de las autoridades militares | 205 |
| 3.5.1. El acuerdo de Noáin (7 de septiembre) y la gestión del nuevo virrey, Francisco Cabrera | 213 |
| 3.6. La situación de Navarra y las actividad militar de los cuerpos francos hasta mediados de noviembre | 220 |
| 3.7. El castigo a los culpables | 243 |
| 3.7.1. El consejo de guerra contra los tiradores y flanqueadores (14 de noviembre de 1837) | 244 |
| 3.7.2. La investigación de la conducta de los mandos militares | 259 |
| 3.7.3. La causa contra varios empleados y algunos milicianos nacionales | 269 |
| 3.8. La situación de los liberales navarros a finales de 1837 y en 1838 | 272 |
| 4. Otros cuerpos francos | 279 |
| 4.1. Las compañías de Protección y Seguridad Pública y de Gendarmes de Pamplona | 280 |
| 4.2. Los Voluntarios Navarros del arcediano de Aibar (1834) | 283 |
| 4.3. La partida de Urbano Igarreta <i>el Mochuelo</i> | 293 |
| 4.4. La nueva Compañía de Seguridad de Pamplona al mando de Igarreta | 295 |
| 4.5. Las Compañías de Salvaguardia | 305 |
| 4.6. La Compañía de Guías del general | 306 |
| 4.7. El Batallón Franco Provisional de Navarra (1839) | 306 |
| Conclusiones | 313 |
| Bibliografía | 325 |

Introducción

La historiografía de las últimas décadas ha contribuido poderosamente a avanzar en el conocimiento y en la correcta interpretación del fenómeno carlista¹. No obstante, todavía es preciso prestar atención a la jerarquización de las causas de las guerras, a determinados periodos (por ejemplo, los de entreguerras), etc., para conocer la evolución de su presencia en el espacio y el tiempo. Asimismo, además de apostar «por la complejidad analítica» que supere las hipótesis tradicionales², entre otras muchas cuestiones, se hace necesario comprobar empíricamente las afirmaciones habituales sobre su grado de implantación en las diferentes partes de España.

En Navarra la hegemonía del carlismo hasta la última guerra civil es incuestionable. Con todo, cabe preguntarse sobre el alcance de esa hegemonía y si los liberales fueron tan escasos o prácticamente inexistentes como repitieron durante décadas los periódicos tradicionalistas navarros, que aludían a los liberales como a «los del puñadico»³ para enfatizar su insignificancia⁴.

1. Cfr. J. Aróstegui, J. Canal y E. González Calleja, *El carlismo y las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003, pp. 217, 226, 227.

2. Cfr. E. González Calleja, «Historiografía reciente sobre el carlismo. ¿El retorno de la argumentación política?», *Ayer*, 38, 2000, pp. 287-288.

3. En alguna ocasión el término se utilizó contra los legitimistas. Así, a principios del siglo xx los bizkaitarras llamaron al portavoz de los carlistas vizcainos *La Guerrilla* «órgano del puñadico» (*La Patria*, 28-VIII-1904).

4. Sus ataques seguían una práctica que provenía de antiguo. Buen ejemplo de ello es la conocida cuarteta dedicada al guerrillero liberal Fermín Laguía: «Armada eder bat, ekarri

También es preciso conocer en qué medida esas publicaciones (*El Aralar*, *El Pensamiento Navarro*, *La Tradición Navarra*, *La Avalancha*, entre otras) estaban en lo cierto cuando tachaban inexorablemente a sus citados adversarios, además de extraños a Navarra, de antifueristas y anticlericales⁵.

Una muestra de la negación casi absoluta de la existencia de liberales en todo el país-navarro son afirmaciones como la siguiente: en «¡No desfiguraremos la historia!», *El Pensamiento Navarro* (23-III-1923), refiriéndose a la última guerra carlista, sostuvo que no era cierto que en las guerras civiles los vascos (incluye a los navarros) hubiesen luchado entre sí y también que no hubo guerra civil en el País Vasco porque el levantamiento a favor de don Carlos fue unánime, exceptuando algunos grupos de republicanos en las capitales y en alguna otra localidad.

digu/Verara Fermin Leguiac/ yudu ta sastre protestantiac arc ere ditu berac...» (Un ejército hermoso has traído a Bera Fermín Laguía, está compuesto de judíos y sastres protestantes»). La siguiente canción de claros tintes raciológicos de la primera guerra es igualmente significativa: «Eta tiro eta tiro/eta tiro beltzari; eta tiro eta tiro belarri motzari» (Y tiro y tiro al negro y tiro al oreja corta») (J. Caro Baroja, *Etnografía histórica de Navarra*, vol. III, Pamplona, Aranzadi, 1972, p. 177).

5. A las noticias en este sentido aportadas en otros trabajos, que se citan más adelante, pueden añadirse otras tan significativas como las siguientes. Tras las elecciones municipales de mayo de 1895, en las que los candidatos carlistas e integristas habían obtenido un gran éxito en Pamplona frente a los liberales y republicanos, *El Aralar* (14-V-1895), portavoz de la política de Arturo Campión, se refería «al placer indecible e inefable consuelo que embarca el ánimo a la sola consideración de que Navarra, después de cien años de entronizado el régimen liberal, sigue resistiendo su depravadora y pestilente influencia, sin que ni los rudos golpes de fuerza descargados con repetición sobre este pueblo heroico, ni los halagos tentadores de las concupiscencias gubernamentales hayan alterado lo más mínimo la pureza de sus sentimientos, ni amenguado el odio que a todos nos inspira cuanto tienda a aclimatar y arraigar en nuestro país el aborrecido liberalismo».

Igualmente en el fragor de la campaña electoral de las elecciones generales de 1910 *El Pensamiento Navarro* (5-V-1910) comenzaba así su editorial: «¡Insultos, insultos a Navarra!»; «Liberales y masones prometen amparo y protección a Navarra. Esto constituye el mayor insulto que se puede hacer hoy día a Navarra. ¿Qué han hecho los liberales y masones con nuestra querida Patria, España y Navarra? Reflexionad bien navarros, los hechos históricos». Seguidamente los culpaba de la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas y de las instituciones del antiguo reino anteriores a la ley de Modificación de Fueros de 1841, así como de los contrafueros posteriores a ella; también calificaba a la Gamazada de «gran conjura liberal».

La persistencia de esta idea y su reiteración por las derechas durante la segunda República, a la par que la progresiva marginación social y política de las izquierdas navarras, explica que a principios de 1936 un socialista, Juan Galardi, llegara a decir en el semanario pamplonés de la UGT *¡¡Trabajadores!!*: «Es más difícil ser liberal en Navarra que anarquista en Madrid»⁶.

Esta imagen se reforzó, si cabe, con el protagonismo de los requetés navarros en la última guerra civil que apuntaló la imagen de su tierra como la nueva Covadonga, tal como se pone de relieve en el tan justamente celebrado trabajo de Javier Ugarte Tellería⁷. No obstante, esta percepción de Navarra puede ser matizada, y, como se podrá comprobar, las cosas fueron algo más complejas, incluso para algunos de los más conocidos propagandistas de la identificación de la provincia con la nueva Covadonga. En este sentido, aunque aislado, llama la atención el distinto juicio sobre Navarra de José María Salaverría en 1917 y 1937. El primer año escribió:

«Pesa sobre ella una especie de sambenito tradicional. Porque fue la sede más importante del carlismo, el vulgo la considera como un nido de fanáticos; y porque de sus distritos electorales brotan los pocos diputados jaimistas que se sientan en el Congreso, muchos escritores o publicistas piensan que Navarra es un simple y mero caso de reaccionarismo pétreo»⁸.

El escritor matizó sustancialmente esta opinión en el contexto bélico de 1937. Entonces habló con entusiasmo de que Navarra se había alzado «como un solo hombre», «a favor de la Fe, la Tradición y la Patria», y de que «precisamente por haberse mantenido reaccionario puede ofrecer el pueblo navarro tan enorme ejemplo de virtud, de energía y de grandeza». Asimismo hizo mención de los «requetés navarros, prodigio de acometividad guerrera»⁹.

De cualquier modo, a la par, el desinterés por estudiar el alcance y la evolución de la ciertamente minoritaria tradición liberal navarra contribuyó a

6. Á. García-Sanz Marcotegui, *Diccionario biográfico del socialismo histórico navarro (II)*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2012, p. 79.

7. J. Ugarte, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998. Algunas noticias sobre la tipificación de Navarra como la nueva Covadonga en Á. García-Sanz Marcotegui, *La identidad de Navarra. Las razones del navarrismo (1866-1936)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2012, p. 62.

8. *ABC*, 16-IX-1917.

9. *Caras y Caretas* (Buenos Aires), 16-I-1937.

asentar la idea de una Navarra monolíticamente carlista a lo largo de siglo y medio. Ahora bien, como señaló José Andrés Gallego en 1982 «el sempiterno carácter carlista de Navarra se ha dado siempre por supuesto» sin haberse llevado a cabo estudios que lo expliquen. Además, este autor apuntó que el «proceso de carlistización» de Navarra fue tardío, posterior a la guerra de los Siete Años, lo que supone que antes no toda ella era carlista¹⁰. Este ajuste cronológico parece correcto, si se tiene en cuenta el gran número de los alistados en la Milicia Nacional en las principales poblaciones, sobre todo en Pamplona, durante el Trienio y que en 1824 el número de causas y expedientes criminales a liberales en Navarra fue de 1.140¹¹. Por desgracia, toda esta documentación se ha perdido y en algún caso, como en Tudela, para siempre¹². No obstante, esa cifra invita al menos a revisar las conclusiones derivadas del escaso número de individuos juzgados por las Comisiones Militares de la provincia¹³. Además, es significativo que algunas de esas 1.140 causas se abrieran a mujeres de varias localidades, entre ellas, a once de Pamplona, que en 1824 fueron procesadas y sentenciadas por adhesión al sistema constitucional¹⁴, y seis de las 23 personas juzgadas en Peralta por las Comisiones Militares¹⁵.

La progresiva apreciación de los liberales navarros comenzó hace varias décadas precisamente cuando en los medios académicos se comenzó a prestar cada vez más atención al carlismo¹⁶. Extramiana, tratando de la segunda gue-

10. J. Andrés-Gallego, *Historia contemporánea de Navarra*, Pamplona, Ediciones y Libros, 1982, p. 161.

11. *Planes que manifiestan el número de pleitos, causas, y expedientes civiles, criminales y otras, despachadas por las Salas del Supremo Consejo, Real Corte, y Tribunal de Cámara de Comptos de este Reino de Navarra*, Pamplona, Imp. de Javier Gadea, 1825, p. 7; G. Herrero Maté, *Liberalismo y Milicia Nacional en Pamplona durante el siglo XIX*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2003, pp. 414-416.

12. Mariano Sáinz Pérez de Laborda (*Apuntes tudelanos*, t. II, Tudela, 1914, p. 275) afirma que los procesos a los liberales tudelanos se quemaron públicamente en esa ciudad el 25 de junio de 1835.

13. Cfr. P. Pegenaute Garde, *Represión política en el reinado de Fernando VII: las Comisiones militares (1824-1825)*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1974, pp. 70-71.

14. Archivo General de Navarra (en adelante, AGN), Procesos, caja 38383, fajo 3, 26-33, 50, fajo 2^a, 22.

15. Cfr. P. Pegenaute Garde, *Represión política...*, *op. cit.*, p. 72.

16. Como es obvio, a ello contribuyeron también obras sobre la transformación político-institucional como la ya clásica de R. Rodríguez Garraza, *Navarra de reino a provincia (1828-1841)*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1968.

rra carlista, llegó a decir que en Navarra «todos los hombres en condiciones de manejar las armas se unen a los insurrectos», lo que no concuerda con su propia estimación de los adheridos a cada bando en Navarra y Álava, «dos veces mayor a favor de los legitimistas», y de los Voluntarios de la Libertad de la primera –2.400– que, admite, «no son una fuerza despreciable». Además, ilustra la falta de hombres en Navarra, porque se habían ido con los carlistas, con el ejemplo de un pueblo de Gipuzkoa, Zegama. Más adelante, recoge la opinión de un autor anónimo de que los liberales y las milicias de voluntarios navarros eran muy eficaces y que los elementos favorables al Gobierno no eran desdeñables¹⁷.

Otros estudios que abrieron el cauce para matizar esa mencionada imagen del antiguo reino fueron los siguientes. Los pioneros de Javier María Donézar¹⁸ y María Cruz Mina Apat¹⁹ y los de Ramón del Río²⁰ y Juan Pan-Montojo²¹, que profundizaron en las bases sociales de los carlistas y liberales y su diferente implantación en las distintas zonas de Navarra. Asimismo, hace casi veinte años el autor de estas páginas comprobó, aunque pueda parecer disparatado, que en la ciudad de Estella al principio de la guerra de los Siete Años el número de liberales era superior al de los carlistas²².

Igualmente, en dos trabajos en colaboración con César Layana, insistí en la necesidad de prestar atención a las fuerzas no tradicionalistas. Entonces ofrecimos una muestra de los continuos ataques de la prensa y la publicística tradicionalista y del semanario nacionalista *Napartarra* al liberalismo,

17. J. Extramiana, *Historia de las guerras carlistas*, t. II, San Sebastián, Aranburu, 1980, pp. 157, 213, 218, 335, 457, n. 45.

18. J. M. Donézar Díez de Ulzurrun, *La desamortización de Mendizabal en Navarra 1836-1851*, Madrid, CSIC, 1975, reeditado como *Navarra y la desamortización de Mendizabal (1836-1851)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1991.

19. M. C. Mina Apat, *Fueros y revolución liberal en Navarra*, Madrid, Alianza, 1981.

20. R. del Río Aldaz, *Orígenes de la guerra carlista en Navarra (1820-1824)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1987. En este trabajo contradice las afirmaciones sobre lo escaso del liberalismo navarro y en la misma línea se sitúan otros posteriores.

21. J. Pan-Montojo, *Carlistas y liberales en Navarra (1833-1839)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1989. Algunas observaciones sobre esta obra en A. Bullón de Mendoza, *La primera guerra carlista*, Madrid, Actas, 1992, pp. 449 y ss.

22. Á. García-Sanz Marcotegui, «Carlistas y liberales en Estella (1833-1839). Una aproximación cuantitativa», *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, 1, 1994, pp. 179-194.

procurando descalificar a los candidatos de esta significación en las distintas convocatorias electorales²³.

Ya en 2007, con Guillermo Herrero y Eduardo González, nos ocupamos de las vicisitudes de los liberales navarros en el Sexenio Democrático y de trazar el perfil de los más relevantes a través de un análisis prosopográfico²⁴. Después, particularmente di a conocer las trayectorias de Isidoro Ramírez Burgaleta y Juan Yanguas Iracheta y algunos aspectos poco conocidos de las de Francisco Javier Baztán Goñi y Pablo Ilarregui, de éste fundamentalmente sus polémicas con los carlistas²⁵.

A su vez, sendas tesis doctorales de los citados Guillermo Herrero²⁶ y Eduardo González²⁷ sobre la Milicia Nacional y el Sexenio Democrático en Pamplona, respectivamente, al mostrar la relevancia de los liberales en la ciu-

23. Cfr. Á. García-Sanz Marcotegui y C. Layana Ilundain, «El liberalismo navarro (1868-1931). Estado de la cuestión y propuestas de investigación», en *Mito y realidad en la historia de Navarra, Actas del IV Congreso de Historia de Navarra*, vol. III, Pamplona, SEHN, 1999, pp. 60 y ss.; *idem*, «Los parlamentarios liberales navarros (1890-1923). Una aproximación prosopográfica», en *Contributions to European Parliamentary history*, Bilbao, Juntas Generales de Bizkaia, 1999, pp. 645-656; ver también del primero: «Los liberales navarros ante la irrupción del euskarismo», en *El euskera en tiempos de los euskaros*, R. Jimeno Aranguren (coord.), Pamplona, Gobierno de Navarra-Ateneo Navarro, 2000, pp. 184-189.

24. Cfr. Á. García-Sanz Marcotegui, C. Layana Ilundain, G. Herrero Maté y E. González Lorente, *Los liberales navarros durante el Sexenio Democrático*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2005.

25. Á. García-Sanz Marcotegui, «Isidoro Ramírez Burgaleta y sus obras sobre las causas de la primera guerra carlista en Navarra y la Ley de Modificación de Fueros de 1841», *Príncipe de Viana*, 226, 2002, pp. 431-469. Acerca de Yanguas Iracheta y Baztán Goñi véase *idem*, *El navarrismo liberal. Juan Yanguas Iracheta (1824-1895)*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2008, pp. 16-18, y sobre Ilarregui del mismo autor *El fuerismo constitucional y la Diputación de Navarra (1841-1923)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2011, pp. 72 y ss.

26. G. Herrero Maté, *Liberalismo y Milicia Nacional...*, *op. cit.* Este autor corrobora y enfatiza la considerable importancia de los liberales en Pamplona, que, con no pocos matices, ya había sido puesta de relieve por J. F. Garralda Arizcun («Antecedentes de la guerra carlista. Estudio socio-político de Pamplona en el trienio liberal [1820-1823]», *Príncipe de Viana*, 181 [1987], pp. 494-496; y «El ayuntamiento Constitucional de Pamplona como ruptura en los albores de la revolución liberal [1808-1833]», *Príncipe de Viana*, 186 [1989], pp. 152, 182-185).

27. E. González Lorente, *Libertad o Religión. Pamplona en el Sexenio Democrático (1868-1876)*. Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2008.

dad, abrieron nuevas perspectivas, y lo mismo ocurrió con una de las últimas obras de Ramón del Río Aldaz²⁸.

A todo lo dicho se puede añadir, por lo significativo, que recientemente José Antonio Ullate ha señalado que no se puede identificar a Navarra con el carlismo, pues, tanto en la guerra de la Independencia como en la realista «un considerable número de navarros se mostró identificado con las novadoras ideas revolucionarias, y en la primera guerra carlista prácticamente la mitad del territorio y de la población se decantó por el isabelismo»²⁹.

Por último, un trabajo en curso, que completa éste (ver p. 20), y otro anterior³⁰, permiten asegurar que el número de jefes y oficiales que combatieron en el bando liberal fueron cuando menos la mitad de los que lo hicieron en el carlista y que esa proporción fue similar entre los soldados de ambos bandos. Así permite afirmarlo el que en 1836 se estimó que la Milicia Nacional se componía de 4.182 hombres de infantería y 157 de caballería y que el *Boletín Oficial de Pamplona* afirmara, a principios del año siguiente, que la mayor parte de Navarra obedecía al gobierno legítimo y que tenía a más de 6.000 hombres armados³¹. Esta cifra seguramente es exagerada, por el exceso de efectivos que otorga a los movilizados en los valles de Aezkoa, Salazar y Roncal³², pero también lo eran las que se atribuían a los batallones de los carlistas, que en Navarra apenas rebasaron los 10.000 hombres.

Este somero repaso historiográfico invita a evaluar la proporción de navarros adscritos o simpatizantes a cada bando en las guerras carlistas, ya que, para muchos, todavía sigue vigente la referida caracterización de los liberales

28. R. del Río Aldaz, *Revolución liberal, expolios y «desastres» de la primera guerra carlista en Navarra y en el frente del Norte*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2004.

29. J. A. Ullate, «El carlismo de los navarros», en Miguel Ayuso (ed.), *A los 175 años del carlismo: una revisión de la tradición política hispánica*, Madrid, Itinerarios, 2011, p. 148.

30. Á. García-Sanz Marcotegui, «Los efectos de las guerras en la configuración de la identidad (siglo XIX)», en *Navarra: Memoria e imagen, Actas del VI Congreso de Historia de Navarra*, vol. III, Pamplona, Eunate, 2007, pp. 155-205.

31. G. Herrero Maté, *Liberalismo y Milicia Nacional...*, *op. cit.*, pp. 201-204; *Boletín Oficial de Pamplona* (en adelante, BOP), 19 y 23-I-1837.

32. Sin contar estos valles ni Valcarlos, Santos Escribano calculó que había solo 1.850 milicianos en toda Navarra (F. Santos Escribano, *Miseria, hambre y represión. El trasfondo de la primera guerra carlista en Navarra, 1833-1839*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2001, pp. 66-67).

navarros como muy minoritarios, a la par que antifueristas, anticlericales y sobre todo ajenos a su tierra³³. Algunos dan por hecho la hegemonía absoluta del carlismo sin tener en cuenta las diferencias existentes al respecto en el espacio y en el tiempo que permiten hablar de un fenómeno «Guadiana»³⁴. En el primer sentido se olvidan testimonios reveladores de que así se percibía en el siglo XIX. Por ejemplo, en una carta, fechada el 31 de marzo de 1869 en Aoiz, el exdiputado foral y hombre de empresa Fernando Bezunartea³⁵ respondió a Nazario Carriquiri, que le había preguntado sobre proyectos carlistas en Navarra, que no había ninguna señal de ello y que no lo sabía, pero que sí había muchos que deseaban una intentona y que el clero en general era desafecto. No obstante, añadía, si había un levantamiento general, no sería tan grave como el de 1833,

«porque desde entonces acá se ha aumentado el número de liberales, y V. sabe que en Navarra son de tanto temple como los facciosos. Sabe V. también que lo peor de Navarra está en la zona Media que atraviesa por Lumbier, Sangüesa, Aibar, Tafalla, Artajona, Puente, Mañeru, Estella y pueblos de la Solana hasta Viana; pero creo que la Ribera se ha modificado mucho, y en cuanto a las faldas del Pirineo y en especial el Baztán, Valcarlos, Aézcoa, Salazar y Roncal, que fueron los valles pronunciados en la última guerra civil, esté V. seguro que darán más voluntarios liberales que facciosos».

Para entonces, el 3 de enero de 1869, desde San Juan de Pie de Puerto (Baja Navarra, Francia) otro diputado foral y a Cortes y activo jefe de la Milicia Nacional de Valcarlos en la primera guerra, Juan Pedro Aguirre³⁶, comunicó a Carriquiri que no se advertían signos de un levantamiento carlista, pero que la «mozina», siempre turbulenta en Navarra, podía aprovechar cualquier ocasión para alborotarse; «la Ribera es la que puede dar quehacer; en la Montaña pocos

33. Otras consideraciones al respecto en la Introducción del citado libro de Á. García-Sanz Marcotegui *et al.*, *Los liberales navarros...*, *op. cit.*

34. *Ibid.*, pp. 34-35.

35. Cfr. Á. García-Sanz Marcotegui, *Diccionario Biográfico de los Diputados Forales de Navarra (1840-1931)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996, pp. 91-94; *idem*, «Políticos-empresarios liberales y compañías en la explotación del bosque del Irati (Navarra) a mediados del siglo XIX», *Príncipe de Viana*, 232, 2004, pp. 545-568.

36. *Idem*, *Diccionario Biográfico de los Diputados...*, *op. cit.*, pp. 77-80.

se les unirían dado el caso que el carlismo se lanzase; es también punto que debe vigilarse»³⁷. Esta opinión la corrobora Pedro María Irigoyen³⁸, quien, en una carta de mayo de 1876 a Arturo Campión, decía: «Es muy cierto Arturo lo que dices en tu folleto que, de lo que se llama la Montaña, no han salido voluntariamente a los carlistas arriba de unos 200 mozos, siendo muchos más los que con las armas voluntariamente han defendido sus ideas liberales»³⁹.

A mi juicio la mencionada visión de los liberales está lastrada también, entre otras razones, porque frecuentemente se olvida que, al lado de una amplia gama de isabelinos, moderados o progresistas, y, más tarde, de sagastinos, demócratas, liberales más templados, etc., hubo también otro sector que simplemente puede ser considerado como anticarlista⁴⁰. De igual modo, tampoco se repara en la importancia de los diarios liberales más o menos templados o radicales, alguno de los cuales durante la Restauración duraron entre 10 y 15 años⁴¹. Esto último apunta a la necesidad de matizar el esquematismo de un panorama en el que no hay más que carlistas y liberales. Y ello porque las lealtades no siempre fueron absolutas ni continuas en el tiempo. En su citado trabajo sobre Pamplona, Herrero Maté señaló no solo la variedad ideológica de los liberales en el Trienio (moderados, exaltados), sino también la de los realistas, lo que supone que había un espacio en el que se encontraban los menos radicales de unos y otros.

37. Archivo Histórico Nacional (en adelante, AHN), Diversos-Títulos-Familias, 3569, leg. 33, exps. 12, 223.

38. Pedro María Irigoyen Hualde (Erratzu, 1822-Pamplona, 1891), hermano del diputado foral Tiburcio Irigoyen Echegaray y casado con una tía paterna de Arturo Campión, fue concejal interino de Pamplona en 1872, voluntario de la República y estuvo vinculado al diario liberal pamplonés *El Navarro* (1881-1884), (Á. García-Sanz Marcotegui, «Los liberales navarros...», *op. cit.*, pp. 161, 175).

39. A. Belzunegui Ciáurriz, *La abolición de los Fueros Vascos a través de la prensa en torno a un centenario 1876-1976*, t. II, San Sebastián, Auñamendi, 1976, p. 72. Se refería al folleto *Consideraciones acerca de la cuestión foral y los carlistas en navarra* (1876).

40. José Antonio Ullate señala que en el momento de la aprobación de la ley de 1841 muchos navarros «habían sido seducidos por un conservadurismo liberal» (J. A. Ullate, «El carlismo de los navarros...», *op. cit.*, p. 147).

41. Véase el dossier «Los diarios liberales de Pamplona durante la Restauración» en la revista *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, 11, 2004.

En efecto, posteriormente durante las guerras muchos variaron de bandera por oportunismo (los «carlistas de día, liberales de noche» y los «paste-leros») pero también porque en su fuero interno no estaban con ninguno de los dos bandos. A ello se añade que, como señaló *Heraldo de Navarra*, durante la Restauración, el miedo al rechazo social hacía que en muchas comarcas hubiera liberales que no se mostraban como tales («liberales de doublé»)⁴².

A los empeñados en minorar la entidad de los liberales navarros desde el campo tradicionalista se han añadido, sobre todo en las últimas décadas, los sostenedores de la ubicua publicística nacionalista vasca, tan nutrida de «neo-carlistas al revés». Su casi exclusiva preocupación por cuestiones identitarias les hace ignorar las referencias de cualquier tipo relativas a segmentos sociales que hicieron gala de lealtades compartidas entre Navarra y España y que cuarteaban sus visiones etnocentristas y su proyecto de construcción nacional alternativo a la española.

Así pues, por unas u otras razones, abundan gerentes de la memoria colectiva que la construyen mediante políticas de olvido selectivo, a base de rechazos y omisiones, que impiden avanzar en el conocimiento de las guerras carlistas desde una perspectiva estrictamente histórica.

Todo lo expuesto evidencia la necesidad de ir llenando el vacío sobre una parte del pasado reciente de Navarra marginado, ocultado, y a la postre olvidado y desconocido, para avanzar en las respuestas a diversos interrogantes sobre las guerras civiles, ya que son imprescindibles para una interpretación correcta de la historia contemporánea de Navarra.

Por ello, aunque, como dije en 1999, a muchos todavía les parecerá osado pretender hablar de liberales en Navarra, en la línea de estudios como los citados de Pan-Montojo y Del Río y los propios sobre los efectos de las guerras en el proceso de nacionalización y de los exilios de los carlistas⁴³, aquí se ofrece la primera entrega de una trilogía sobre los liberales navarros en la guerra de los Siete Años.

42. *Heraldo de Navarra*, 12-I-1898.

43. Á. García-Sanz Marcotegui, «Los efectos de las guerras...», *op. cit.*, pp. 155-205; *idem*, «Los exilios de los militares carlistas navarros de 1833-1839», en *Violencias fratricidas. Carlistas y liberales en el siglo XIX. II Jornadas de Estudio del Carlismo*, Pamplona, Museo del Carlismo, 2009, pp. 55-98.

En consonancia con el plan previsto, este primer libro se inicia con un apartado general sobre las quejas de los liberales navarros por la apatía y la falta de atención del gobierno en el inicio de la guerra, a partir de testimonios bastante diversos: de tres articulistas anónimos (uno oficioso, pues se publicó en el *Boletín Oficial de Pamplona*), procuradores en Cortes, abogados comprometidos con la causa de Isabel (Atanasio Martínez de Ubago e Isidoro Ramírez Burgaleta), así como de la propia Diputación provincial y de la Milicia Nacional de Cascante. En conjunto puede decirse que ofrecen una imagen de la guerra en Navarra bastante novedosa y exigen matizar algunas afirmaciones categóricas sobre el particular.

El segundo apartado se dedica a los cuerpos francos (tiradores y flanqueadores de Isabel II), acerca de los que se ofrece nueva información sobre su número, composición y servicios a la causa liberal. Igualmente se hace un estudio prosopográfico de un número significativo de sus miembros que matiza la calificación de «peseteros» y permite conocer el destino del cuerpo después del motín que protagonizaron en Pamplona en agosto de 1837. Todo ello facilita trazar el perfil de los actores de esa revuelta y avanzar hacia una interpretación más correcta de sus causas y objetivos.

Con el mismo propósito en el tercero se presta especial atención a ese motín. Las nuevas noticias recabadas ponen de relieve la importancia de los sucesos pamploneses por la complicidad, de fuerza o de grado, de casi todas las autoridades civiles y militares con los sublevados. Además, permiten, cuando menos, poner en cuestión y rechazar, en el caso de la mayoría de los implicados, que su objetivo fuese «la independencia de Navarra». Esta interpretación se hace en algunos medios nacionalistas vascos⁴⁴, que la presenta como indiscutible, mientras algunos autores la niegan o simplemente la ignoran. En este marco la documentación inédita que se aporta aquí explica el alcance de esa frase sobre la independencia, que ciertamente aparece en la sentencia de los inculcados y que por ello no se puede desdeñar.

El cuarto apartado se ocupa de cuerpos francos menos nutridos que los Tiradores y Flanqueadores, tales como las compañías de Protección y Seguridad Pública y Gendarmes de Pamplona y la actuación de algunas fuerzas irregulares como la partida de Urbano Igarreta *el Mochuelo*. También se

44. Cfr. [www.esprai.com], [www.nabarralde.com], [www.ianasagasti], [blogs.com].

traza la trayectoria de Alejandro García, arcedianos de Aibar, que formó una pequeña unidad, Voluntarios de Navarra, para enfrentarse a los carlistas y después hizo gala de su alineamiento con Espartero, e incluso con Garibaldi, y se dan algunas noticias de las Compañías de Salvaguardias y Guías del general y del Batallón Franco de Navarra.

Ciertamente la amplia galería de personajes que aparecen en estas páginas no fueron de primera ni de segunda fila. No obstante, muestran que los navarros de a pie que combatieron en las filas isabelinas en la primera guerra carlista fueron bastante más numerosos de lo que habitualmente se admite.

Como podrá comprobarse, se hace hincapié en el análisis prosopográfico para delinear, por encima de la «ilusión biográfica», la trayectoria vital de un segmento de la población navarra poco conocido. En especial se presta atención a la evolución personal de un amplio número de jefes y oficiales de los cuerpos francos que en su mayor parte intervinieron en la guerra de la Independencia, en la realista y en la primera guerra carlista. Muchos de ellos fueron perseguidos por sus ideas, perdieron sus grados y tuvieron que ir al exilio, sobre todo después del Trienio Liberal. Se trata de personajes de carne y hueso, de los que puede parecer superfluo conocer sus vicisitudes personales, pero que constituyen en conjunto un eslabón de la olvidada tradición liberal navarra que se inició a principios del siglo XIX y que, con su correspondiente épica particular, se prolongó hasta bien entrado el siglo XX. Así autorizan a afirmarlo los primeros resultados de los otros dos trabajos de la trilogía en curso de elaboración. En uno demostraré que al menos trescientos navarros lucharon como jefes y oficiales en el ejército constitucional, lo que supone la mitad de los que combatieron en el bando carlista, y en el otro trataré de algunos aspectos relevantes de la Milicia Nacional en los principales valles y pueblos navarros.

En conjunto, estas investigaciones pondrán de relieve que los liberales contaron en Navarra con un cuantioso número de oficiales experimentados y también de paisanos dispuestos a combatir contra los carlistas. En la línea de la conocida exposición de la Diputación provincial del 5 de marzo de 1838 (ver pp. 50-53), así lo expresó, hacia 1838, el autor de unas «Notas sobre Navarra», probablemente Joaquín Ignacio Mencos y Manso de Zúñiga, conde de Guenduláin y barón de Bigüéza. Al referirse a que la Diputación tuvo que enviar a Madrid a dos de sus vocales para que explicaran la equivo-

cación respecto a lo que debía Navarra, «contra quien todo se contemplaba lícito», añadió que:

«también llevaron el encargo de ilustrar al alto gobierno sobre la triste situación del país, sobre el carácter de la guerra, sobre su origen español tanto como navarro, y su fomento europeo tanto como español; todo esto y mucho más era necesario para combatir la opinión de mirar como rebelde en masa a un país, que si bien tenía una mayoría de juventud en las filas del Pretendiente, contaba también con muchos y buenos jefes naturales suyos en el ejército de la Reina, infinitos oficiales en aquellos cuerpos leales, y finalmente no pocos con las armas en la mano en los cuerpos francos y pueblos, defendiendo con ardor la justa causa de su Reina»⁴⁵.

En definitiva, los tres trabajos arrojarán nueva luz para entender ese periodo en Navarra, y revelará que, como en otras partes, un segmento no desdeñable de su población defendió con las armas en la mano «la causa nacional» y «la unión liberal de España».

45. AHN, Estado, leg. 8756.8.